

LA HISTORIA DE UNA FAMILIA MÁS DE CABRILLA

Toñi Serrano Redondo



Arriba a la izquierda, Pascual Serrano Fernández, María Dolores y Antonio José Serrano Fernández. Abajo, a la izquierda, Antonia Fernández Muñoz, Isabel Serrano Fernández, Antonio Jose Serrano

Todos tenemos una historia que contar y yo quiero contaros la mía, la que mi madre me contó sobre mi familia, la misma que ella había escuchado de su madre, y esta de su abuela y así hasta llegar a la sexta generación.

Cuando uno de tus antepasados fallece, lo normal es que se pierda su rastro con el paso de las generaciones, pero en mi caso, será por mi espíritu inquieto que siempre me fascinó todo lo que tuviera que ver con mis ancestros y de esta manera, aún siendo joven, mi atención se centraba en todo lo que mi querida madre me contaba. Ahora, tras comprobar que en la revista Contraluz se da cabida a estas pequeñas historias familiares pretendo contar la mía, explicaros de dónde venimos y quienes fueron mis ancestros. Comenzaré por las dos personas que aparecen en esta primera foto sentados, flanqueando a la chica de la ropa más clara, son mis Tatarabuelos, eran Pascual Serrano Murcia y Antonia Fernández Muñoz. Antonia se quedó viuda siendo muy joven y lo que es peor, con un hijo, se llamaba Pascual

En primera persona

Serrano Fernández. En aquellos tiempos no tenían el sustento necesario para vivir por lo que el hermano de su marido, o sea su cuñado, que era soltero le propuso casarse con ella y hacerse cargo de la criatura para comenzar así una nueva vida. Con él tuvo dos hijos más, Antonio Jose Serrano Fernández, mi abuelo, e Isabel Serrano Fernández, la mujer que sale en el centro de la foto, de pie, que era la esposa de Pascual, hermano y primo a la vez de mi abuelo, un poco complicado de entender ¿verdad? Se llamaba María Dolores y tenían un hijo llamado Pascual Serrano. Ella murió 20 días después de hacerse esta foto.

Mis Tatarabuelos eran gente sencilla, su piel castigada por el Sol delataba ese origen humilde, eran jornaleros sin tierra, como tantos otros que aparecen en las maravillosas fotos de Cerdá y Rico. Vivían en la calle Cuevas, en el número 7. Justo en esa calle, sus vecinos eran una familia que emigraron desde Turre (Almería), se trataba de una madre y sus dos hijos que huyendo del hambre salieron desde Almería con un burro y lo puesto en busca de una vida mejor. Eran Ana Saldaña García, viuda de Antonio García Gonzalez -este falleció en Sudamérica, donde había emigrado poco antes-, y sus hijos, Francisco García Saldaña y Juana García Saldaña.

Mi abuelo, Antonio José se fijó en la hija de la nueva vecina, era una rubia de ojos azules muy dicharachera y desenvuelta. Se hicieron novios, pero pronto él tuvo que irse al ejército, "a servir al rey" como por entonces se decía, y su novia le dijo "no te casas conmigo si no me escribes", menudo problema porque él no sabía escribir, así que Juana, su novia ejerció de maestra y en dos meses le enseñó a escribir. Ni que decir tiene que dos años después, cuando él regresó, se casaron.



Ana Saldaña García - Juana
García Saldaña

El joven Antonio José se puso a trabajar de guarda en la finca de don Emilio Justicia y, no es por nada, pero tengo entendido que era muy querido en todo el pueblo, fama que se ganó entre otras cosas porque estando prohibido, él permitía cazar a gente muy pobre que no tenía nada que echarse a la boca y su único sustento lo conseguían como furtivos. De esta manera mi abuelo les decía que si querían cazar fueran al día siguiente "por tal sitio, o el otro de la finca, que él no iba a asomar por allí", así podrían cazar sin que mi abuelo pudiera salir perjudicado. Antonio José y Juana

tuvieron hijos, siete en total, de los cuales les sobrevivieron cuatro; Antonio, Antonia, Juana y María. Los otros murieron por una enfermedad que entonces llamaban "las fiebres", de gripe como ahora la conocemos. Hay que ver, parece mentira.



Juana García y su hijo Pascual, fallecido, en brazos. Se trata de una de las entonces habituales fotos "postmortem"

La hermana de mi abuelo, Isabel, también se casó y lo hizo con el hermano de mi abuela, Francisco, con lo cual la historia se repetía, dos familias se volvían a casar entre ellas, ¿endogamia es la palabra?, pues así fue como la familia fue creciendo y se originaron nuestros característicos rasgos físicos, por la mezcla de la sangre entre ambas familias. Mi abuelo murió joven, con 50 años, debajo de un olivo y con su pitillo en la boca, se lo encontró mi madre un medio día, cuando fue a llevarle la comida. Lo trasladaron desde la finca a casa en el coche del médico y mi madre, siendo una cría de 14 años, sentada, en la parte de atrás, con la cabeza de su padre apoyada en sus rodillas.



Antonio José Serrano Fernández poco antes de morir

Mi abuelo fue enterrado a dos metros bajo tierra, me dijeron que era amigo del enterrador del pueblo y que por eso hizo la tumba de tal forma que jamás pudiera ser sacado. Está enterrado junto a sala de autopsias, tengo entendido que esa sala la hizo Arturo Cerdá y Rico y que allí debajo también reposan sus restos, así que se puede decir, haciendo una gracia, que son vecinos. No tiene lápida ni nada que pueda identificarlo, pero al menos sabemos dónde está y como nadie podrá sacarlo, pues siempre podremos ir “a llorarle”, o a ponerle unas flores.



En la foto las tres hijas de Antonio José, María, Antonia y Juana. Las tres de luto



Juana en la puerta de la casa del médico donde servía

Después del entierro de mi abuelo todos se pusieron de riguroso luto durante largos años, era lo habitual en aquellos años. Malos tiempos que motivaron que buena parte de aquella familia tuviera que volver a coger la maleta, repartiéndose así por diferentes lugares, había que subsistir pues en la finca ya no podían vivir. Mi madre, Juana, se puso a servir en casa del médico del pueblo; su hermana María lo mismo, siendo apenas una niña había que subirla encima de una caja de madera para que fregara los platos de una casa a cuyos moradores les había ido mejor la vida. Era tan pequeña que no llegaba a la fregadera. Antonia se casó muy joven con José Martínez Millán y Antonio, el mayor de los hijos, quien por entonces también estaba ya casado, fue quien se quedó en la finca de don Emilio Justicia.

Más tarde Juana, mi madre, dejó de servir para trabajar en el campo; recogiendo aceituna, sembrando garbanzos, o en la recogida del esparto junto a su hermano Antonio. Trabajaban de sol a sol y dormían en el suelo, abrigados con una manta y mirando las estrellas, con la única luz de la luna. El tajo estaba lejos, a 12 kilómetros, por lo que sólo podían regresar los fines de semana, pues tenían que recorrer a pie esa distancia. El trabajo comenzaba a eso de las seis de la mañana, a la salida del Sol, y para cuando eran las diez desayunaban aquellas migas que hacía Antonio con entusiasmo y arte. Migas que eran, junto a un gazpacho compuesto de agua, sal, vinagre y aceite, lo único que tenían. También era el único momento de asueto que podían disfrutar todos juntos. Después continuaba la agotadora jornada y lo próximo que se pondrían en la boca sería un cocido –si acaso con un trozo de tocino- a eso de las cinco de la tarde que era cuando lo llevaba la dueña de la finca, y vuelta a trabajar hasta que oscurecía. La cena consistía en un arenque o, en todo caso, trozo de tocino que había sobrado del cocido. Todos los días igual, siempre comían lo mismo porque no había otra cosa. Nada se parecía a lo de ahora, pero eran felices, no había envidias, si nadie tenía nada, qué iban a envidiar. Vivían al día.

Los fines de semana los disfrutaban en el baile, los hombres a un lado y las mujeres a otro. Se hacían concursos para ver quien bailaba mejor y Antonia, junto a su hermano Antonio destacaban en esta disciplina. También sabían divertirse. El Lavadero era el sitio ideal... para criticar a una vecina, o para las típicas habladurías entre mujeres. Se lo pasaban bien mientras el agua *“en invierno salía caliente y en verano salía congelada”*. Aquellos inviernos eran muy fríos y las nevadas eran habituales, de manera que en una ocasión se tapó la entrada a la casa de mis Tatarabuelos. Pero ya lo he dicho, con poco se conformaban, era difícil estar peor, por eso procuraban ser felices y así la vida pasaba llena de esperanza, era lo único que les quedaba. Los reyes les traían una naranja en Navidad y uno de los entretenimientos preferidos consistía en charlar junto al fuego, toda la familia, compartiendo un trozo de pan con lo que tuvieran en ese momento. En verano lo único que les reconfortaba era el agua del porrón mientras trabajaban la tierra con temperaturas inaguantables.

Quiero recordar en esta historia a una mujer de la que desconozco el nombre, pero que era amiga de mi madre y servía en casa de una adinerada mujer. Esta mujer iba, como tantas, a por agua a la fuente y era en ese lugar donde se juntaban las amigas. Ese era otro momento de asueto. Era realmente pobre, tan pobre que sus padres no se podían hacer cargo de ella, por eso se tuvo que poner a servir a aquella señora siendo apenas una niña. La joven estaba enferma y no podía con los cantaros de agua, de manera que las amigas -entre ellas mi madre- se los llevaban hasta la puerta en una muestra de amistad y camaradería que mucho me temo no entendía aquella señora. Mi madre me contó que murió joven, pobre y mal tratada por esta injusta vida por la que pasó para padecer. Era lo que había, los pobres, si no tenían para un buen médico, morían, y este fue su caso. En Cabra de Santo Cristo había mucha gente humilde en condiciones muy precarias.

Los primeros zapatos que mi madre pudo comprar tuvo que ganárselos a base de mucho trabajar y ahorrar ese dinero. Unos preciosos zapatos de color negro que el día de su estreno los llevó al baile. Esa misma noche, de vuelta a casa los puso en la ventana, para presumir, por fin tenía unos zapatos que no eran de esparto. Un vestido nuevo y unos zapatos de piel, era la mujer más feliz del mundo, pero mira tú por dónde que al día siguiente abre la ventana para contemplar su tesoro y aquellos preciosos zapatos habían desaparecido.

Los años pasaron y cada uno tomó un rumbo diferente; unos para la Rioja, otros para Lérida, Barcelona, Badajoz... toda la familia esparcida por la geografía española. Yo, hace un tiempo que vivo en Francia.



Juana y sus zapatos

Mi Tatarabuela murió y está enterrada debajo de las escaleras del Cementerio, imaginaros, cuando bajáis por esas estrechas escaleras, pasáis por encima de mi abuela. No es broma, la gente que enterraron en el siglo XIX fue dejada en sus tumbas y encima pusieron los nichos que vemos ahora, así que todos nuestros antepasados continúan ahí, pegados a la tierra en la que algunos vivieron y donde los más malvivieron. Mi Tatarabuelo también yace allí. Del hermano y primo de mi abuelo Pascual, pues era las dos cosas, sé que buena parte de su descendencia vive todavía en el pueblo. Mi madre decía que casi todos los que hablaba en el pueblo eran sus primos.



Arriba de izquierda a derecha Juana, Antonio y María y abajo, Antonia y Juana García

Todos menos María están fallecidos, mi madre, la que me contó esta historia falleció hace tres meses, la tengo presente todo a cada momento y en cierto modo esto es un tributo a su memoria. Ya lo he dicho, tengo familia por toda España, seremos más de cien los descendientes y hoy los Serrano García y los García Serrano ya vamos por la sexta generación. Pienso contarle esto y muchas historias más a las próximas generaciones para que sepan sus orígenes, sus antepasados, los que existieron y los que fallecieron siendo niños, como Pascual, ese niño que en la foto aparece muerto en los brazos de mi abuela. Esto es solo una pequeña historia de las tantas que existieron en ese pueblo y aunque yo sólo soy una mera transmisora que escuchó todo con interés y hace gala de su buena memoria, tengo que decir que cuando lo recuerdo me emociono, porque forma parte de mi pasado y ahora ya no están, pero es como si continuaran a través de su recuerdo y la imagen de esas fotografías que guardo como uno de mis mejores tesoros.

Con todo esto quiero decirle a las futuras generaciones del pueblo que miren a su alrededor y advertirán que en esas montañas que lo rodean continúa el espíritu de tantos que desaparecieron para siempre. Que sepan que se pasó mucha hambre, miseria y pobreza, para darnos un futuro mejor, pero que la gente era feliz a su manera, pues el amor de los suyos no lo quita el hambre, ni la enfermedad, ni los disparos de una guerra.